

Que jamás pueda decirse de los que salen de la Escuela de Sevilla, a la que pertenecemos, que no saben afilar un lápiz ni manejarlo; o que hacen un tenedor cuando deben hacer una mano, como acontece con los más renombrados «genios» de este nuestro siglo «que vive bajo los signos nefandos y deletéreos de la pederastía, del histerismo, de la impotencia plástica y creadora, del esnobismo, del mecanismo, de la agitación, de la estupidez, de la crueldad, etc....» como dice el pintor Giorgío de Chirico.

Ya que en España todavía se sabe pintar y esculpir, tengamos el valor de llamar a las cosas por su nombre y el de oponernos a la invasión de la pampirolada.

Ruégote que transmitas mi contento a Galán, que le felicites en mi nombre y dile que, habiéndole yo llevado de la mano cuando crecía, no puedo hacer demasiadas alabanzas de lo que es un poco hechura mía. Dile también que la escultura que más íntimamente me satisface en el actual certamen nacional, sin que por ello sea la primera, es su San Juanito. Ya es algo decirle esto a quien está empezando a recorrer su camino. Que se percate de que es largo y penoso, pero, por donde va, seguro.

Esta carta es para tí, José María Labrador y también en gran parte para Cano Correa y para Galán, triunfadores hoy contigo.

Y si quieres, para los compañeros de la Escuela que con este triunfo vuestro, que lo es de Sevilla, gozarán con vosotros.

A ti y a todos os felicito, os mando un abrazo grande, también la más cordial enhorabuena de Magdalena. Y mis respetos y efusiva enhorabuena a tu esposa, que a quien compartió contigo, sosteniéndote en ellos, tu heroísmo de cada día y tu fatiga, no hemos de olvidarla en el aplauso.

De nuevo un abrazo.

E. PEREZ COMENDADOR



\*\*\*\*\*  
**PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»**

basta con llamar los días laborables al teléfono  
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

## CUALQUIER DIA DE ESTA SEMANA

(Conclusión) (1)

CLIENTE 3.º —(Haciendo gestos de fastidio mientras sale Carlos.) Vaya un rollo. Ni que tuviera el teléfono alquilado el «gachó». Y todavía se quedaba pensando en las musarañas. Llevo dos horas esperando. (Entra Carlos y le mira con desprecio sin contestar.)

VENDEDOR —(Sonriendo primero y después serio dirigiéndose al Cliente 3.º en voz alta.) Si no cae la ficha golpee fuerte en el cajetín; estos teléfonos están cada día peor. (Volviéndose hacia Carlos.) Ya ve usted, me da los sesenta céntimos justos y todavía cree que le vendo el derecho a chillar. Con muchos como éste iba a echar uno buen pelo. Amén que no pueda comunicar.

CARLOS —(Que tiene un aire de tranquila ausencia, saca su cajetilla y pone lentamente un cigarro entre sus labios. Después, busca, automáticamente por sus bolsillos la caja de cerillas.) Dame fuego, Martín.

VENDEDOR —(Alargándole un encendedor prendido.) Ahí tiene usted. Y a ver cuando se compra uno.

CARLOS —(Mientras enciende.) No puede ser, Martín; los pierdo todos. (Da como siempre una larga chupada y envía el humo hacia arriba.)

CLIENTE 3.º —(Que sale de la cabina sin haber podido comunicar, con mal humor.) Tanto esperar y para qué? Me apostaría a que han descolgado el teléfono. ¡Tener que ir ahora hasta casa! Pues va a haber bronca. Esto ya pasa de la raya. Vaya una costumbrita, descolgar el teléfono para que no moleste. Pues sí que si alguna noche me ocurre algo? ¡Como para avisarles! (Mira irritado a Carlos y se va por la derecha).

VENDEDOR —(Meloso.) Adiós, don Floripondio. Buenas noches. Que el darlas no cuesta sesenta céntimos. (Volviéndose a Carlos.) Siempre está lo mismo, no hay noche que no tenga alguna pejiquera. Es un camarero del Club nocturno Gredos.

CARLOS —(Arreglándose el nudo de la corbata.) Adiós, Martín. Acaso vuelva un poco más tarde por aquí. (Inicia la marcha.)

VENDEDOR —(Obsequioso.) ¿Es que aún no habrá venido su novia? Puede usted mirar desde aquí. (Hace un gesto con la cabeza hacia atrás.) Se ve si la luz de su piso está encendida.

(1) Véase «Alcántara» del 30 de Junio de 1950, núm. 32.



CARLOS —(Molesto, pero aparentando jovialidad.) No... voy a ir a dar una vuelta primero... Gracias, Martín. No mires. Volveré más tarde. (Se va por la derecha.)

VENDEDOR —(Se frota las manos ) Hasta luego entonces, don Carlos. (Vuelve a frotarse las manos y se da unos golpes en los brazos para quitar el frío. Después se sienta en un pequeño taburete y se sube el cuello de la chaqueta.) Vaya nochecita. Pero si no pasa un alma. Ah, pues hoy no me tomo la copa de orujo. Nada. Lo que yo digo, que no hay dinero. Se acabaron los grandes estraperlos. (Bosteza, se lleva la mano a la boca y comienza a adornarse. Sigue moviendo los labios. Como hablando consigo mismo).

SUENO —(La escena, gradualmente, por segundos y a medida que el vendedor se duerme, se irá quedando a oscuras hasta llegar a la completa penumbra. La luz de la ventana del fondo, que hasta ahora ha permanecido encendida se irá apagando asimismo. Cuando la oscuridad es completa, por la derecha saldrá, como flotando en el aire la letra **H**, a continuación una **I**, después un **5** y una **S**. Colocándose en esta posición: **H - 5 S**. O sea la **i** en posición horizontal. Las letras han de ser completamente blancas y del tamaño de una persona. Procurando que destaquen lo más posible en la oscuridad. Cuando las letras estén en su lugar—junto al puesto de periódicos—comenzarán a aparecer bultos de personas (deberán vestir prendas grises para que se destaquen, y tendrán el rostro cubierto igual que las manos). Estos bultos comenzarán a pasear por la escena. Dos de ellos se acercarán al puesto de donde cogerán periódicos que desplegarán simulando leer y otras tres entrarán y saldrán continuamente de la cabina telefónica.

Después de dos minutos, las sombras comenzarán a desaparecer, quedando en escena sólo una, que quedará dentro de la cabina. A continuación los signos desaparecerán por este orden: el 5, la S, la H. Cuando sólo quede en escena la I, ésta, que está en posición horizontal, se pondrá en su posición normal. Pero al hacerlo se le caerá el punto. Entonces reaparecerá la sombra de la cabina que se cogerá la letra y el punto y colocándose ésta debajo del brazo desaparecerá por la derecha.)

Inmediatamente la escena comienza de nuevo a iluminarse. Cuando su luz es la normal, aparecen por la izquierda dos hombres. Son el Cliente 1.º y el Cliente 2.º Vienen despacio. Conversando.

CLIENTE 2.º —(Pasando de largo hacia la derecha donde se paran.) Buenas noches, Martín. (Volviéndose al Cliente 1.º) Mira qué tranquilo. Seguramente está en el mejor de los sueños. (Menea la cabeza.) Cualquiera noche le llevan el puesto y él ni se entera.

CLIENTE 1.º —(Que trae la cabeza baja, como pensativo, sin hacer caso de lo que el otro le dice.) No acabo de comprenderlo. Efectivamente. La dirección que nos dan en el anónimo es la de su novia... No comprendo. No acabo de comprender. (Saca un papel del bolsillo y lee.) «Gerardo Vidal, dormirá esta noche en la calle de Fernando VII, 124, 2.º Pregunten por Julia Sanmillán. Un confidente». ¿Un confidente? No lo comprendo. ¿Cree usted que habrá algo de cierto en esto, inspector?

CLIENTE 2.º —(Haciendo un gesto de vaguedad con la mano.) ¿Y por qué no? Se ven cosas sorprendentes entre esta gente. (Bosteza.) Tendremos que estar con cuidado. Vidal fué siempre peligroso. Cuando le cogimos en el asunto del Banco hirió a dos hombres.

CLIENTE 1.º —(Con extrañeza.) Lo que no acabo de comprender es quien pueda ser este «confidente» que nos ha dado el soplo. ¿Cree usted que será alguno de sus antiguos amigos?

CLIENTE 2.º —(Asintiendo.) Es muy posible, amigo mío. (Vuelve a bostezar.) Sea quien fuere el confidente le diré que en esta jugada tal vez se le descubran las cartas. Lo que no cabe la menor duda es que se trata de uno de sus amigos, y al llegar a esta conclusión la pregunta se formula ella sola: ¿pero si es uno de sus amigos qué es lo que le induce a hacerle traición?... No sé si recordará usted, que cuando el asunto del Banco volaron medio millón de pesetas. Sí, efectivamente. Cogimos a Vidal como supuesto autor del robo, y con él unas 75 000 pesetas. ¿Pero qué ha sido del resto? A Vidal no se le pudo sacar ni palabra. Ingresó en la cárcel por herir a los dos policías, pero nunca hubiéramos conseguido probar nada.

CLIENTE 1.º —(Mirando hacia la ventana iluminada.) Esa es su casa. ¿Le cree usted tan loco que se meta en la boca del lobo?

CLIENTE 2.º —(Se encoge de hombros.) ¡Quién sabe! (Mirando a ambos lados y señalando al vendedor.) Y el angelito sigue durmiendo. (Inicia la marcha hacia el fondo.) Bien. Vamos. Si aun no ha llegado le esperaremos. Haremos compañía a la encantadora Julia. Tal vez me recuerde. Tuvo que comparecer ante el juez cuando le encerraron. Por aquella época era una novia encantadora... (Desaparecen.)

La escena queda unos segundos sola. Por la izquierda aparece un hombre. Viste trinchera clara con cinturón. Trae el cuello de ésta subido y las dos manos en los bolsillos. Llega hasta el centro de la escena. Allí se queda un momento pensativo. Mira hacia la ventana iluminada y después a la cabina telefónica. Así varias veces. Parece dudar pero al fin se dirige hacia el vendedor.

HOMBRE —(Dándole una palmada en el hombro al vendedor.) ¿Me da usted una ficha? (Señala al teléfono con la cabeza.)



VENDEDOR —(Que se despierta sobresaltado. Pasándose las manos por la cara.) ¿Eh?, ¿eh?... ah sí... sí... (Mete la mano en el bolsillo.) ... me estaba empezando a quedar dormido... una ficha, verdad? (Saca un puñado de calderilla.) Tome. (Bosteza.)

HOMBRE —(Cogiéndola.) Gracias. (Va hacia la cabina.)

VENDEDOR —Si no cae a la primera, dé usted fuerte en el cajetín; todos los teléfonos están lo mismo. (Se despereza.)

HOMBRE —(Desde dentro de la cabina.) Bien, gracias.

VENDEDOR —(Sentándose en el taburete.) No hay de qué. (Vuelve a bostezar.)

HOMBRE —(Por teléfono.) ¿Es Julia?

.....  
—Soy yo: Gerardo. (Espera con ansiedad la respuesta.)

.....  
—¿Te he sorprendido? (Pausa.) Julia. Pero Julia, estás llorando? ¿Qué pasa? ¿Hay alguien contigo?... (Breve pausa.)

.....  
—Lo comprendo. No llores: no es momento. Solo quería llamarte para saber que estabas en casa; para saber que estabas sola. Yo iré más tarde. Estoy haciendo tiempo. ¡Pero no podía esperar más sin oír tu voz!

.....  
—Aún no sé lo que voy a hacer. Lo importante es que estoy libre. Por de pronto huir. Nos iremos juntos. Tengo grandes proyectos para los dos. He cambiado mucho. Comenzaremos a vivir de nuevo. Me están preparando las cosas para salir de España. Nos iremos al extranjero. Todo lo he venido madurando poco a poco. Hubo momentos en que estos proyectos los creía irrealizables. Hoy mismo incluso. Pero ahora ya es distinto. Escucho tu voz y es diferente. Tu cariño, tus cartas, es lo único que me hizo sentirme fuerte.

.....  
—No, no hables. Sé que no me esperabas. Pero para mí significa tanto este momento. Si te he llamado es porque no podía más. Deja que pueda escuchar tu aliento, esos sollozos que te siento. Con esto me basta. Casi es mejor así: sin hablar. He soñado tanto este momento que tengo miedo hasta de decir las palabras; que tengo miedo de que las palabras puedan darle un tono menor, que puedan restarle todo cuanto mi corazón quiso infundir en él.

.....  
—No te comprendo; no haces más que llorar. Esto me

alegra. Porque sé que es de alegría. Yo también lo estoy. Como nunca. Como por primera vez. (Pausa.) ... Julia, si yo te dijera que hace falta estar preso, pensando en la vida que pasa como algo que no logra entenderse; como algo que se fué de las manos; que hace falta estar preso y sentir que la vida revuela en ella buscando alegría en la risa, en el llanto, en los mínimos gestos... Sí, Julia. Hace falta estar ciego, sordo para no ver ni oír que el mundo gira, huye el tiempo y hay algo de nosotros que se pasa y algo de él que se queda y todo ello en triste comunión de experiencia... Julia. Creo que he comenzado a comprender la vida. A comprender la necesidad de vivir. Pero de vivir en libertad... Sí. Hace falta estar sordo y no tener corazón para no escuchar los quejidos que brotan, los ecos que nos hieren. Para no escuchar en el alma el silencio de un tiempo que se derrumba. De un tiempo, que a la larga, no ha sido vivido. Ah, Julia, tal vez te parezca que he cambiado, mi voz te suene a nueva, a recién estrenada. (Eso quisiera.) Dímelo, Julia. Dímelo así. Será como un regalo para el corazón, caído de tus labios.

El vendedor comienza a recoger su puesto.

—(Mirando hacia fuera.) No puedo estar más tiempo. Van a cerrar la cabina. Estaré contigo en seguida. (Pausa)... No, no hables. Oigo como tu pecho te late en los labios. Si cierro los ojos (los cierra) parece como si te tuviese junto a mí. Pero lo estás de todas formas. Tu corazón se ha dado cita en mi oído. Me está hablando; me está llorando de gozo. Le imagino intocable de tan tierno; como los pétalos que me enviabas en tus cartas. ¿Recuerdas? Julia, no llores. Me tienes para siempre. (Pausa.) Estoy libre. Desde ahora en adelante seré un hombre cualquiera. Nos iremos al extranjero. (Pausa.) ¿Me escuchas, Julia? (Pausa.)

.....  
—Es largo y difícil de explicar. He cambiado. Eso es todo. Pero por ello no soy un hombre débil. (Breve pausa.) Me preguntas por qué me he escapado, entonces? Como si tú no fueses suficiente motivo, como si la vida por la cual, algo que hay dentro de mí y que se ha sentido reclamado, no fuese suficiente motivo. (Pausa.) ¡Estar en libertad! Qué palabra tan hueca para los que son libres. (Larga pausa)... Pero Julia, piénsalo. Si tú día a día, hora tras hora, hubieses ido descubriéndote a tí misma: un nuevo corazón para interpretar el mundo; para apresarle por medio de tus ojos, nuevos también para mirar al mundo, a la vida, y verle con distinta mirada, como recién hecho para tí, como recién estrenado por tu alma. Si tú, día a



día, hubieses ido descubriendo esto y mirando hacia atrás hubieses visto que no era tu pasado aquel que pasó, ni tu historia aquélla que hoy te cuentan: como escrita por otra persona a la que no te sientes unida, con la que no te identificas, con la que, por este mismo motivo ya no estás en deuda, ¿comprendes, Julia? Esto me pasó a mí. (Pausa larga.) Y yo me pregunté: ¿si nada de aquel ser, a quien me considero ajeno, a quien no reconozco en mí mismo, me pertenece ya, por qué seguir purgando una culpa de alguien a quien considero muerto? (Hondo silencio).

El vendedor, que ha recogido sus cosas, da unos golpecitos en el cristal de la cabina. Entonces Gerardo parece volver a la realidad. Le hace una seña para que espere.)

—Julia, debo dejarte. Van a cerrar la cabina. Estoy cerca de tu casa. Prepara algunas cosas. Las imprescindibles para un viaje. Te recogeré en seguida. (Pausa.)

.....

—No puede ser, Julia. Debo dejar la cabina. No podemos seguir hablando toda la noche. No tardaré en recogerte. (Pausa.) Comenzaremos de nuevo. Lejos; en cualquier parte. Nunca con más claridad he presentado el futuro, nuestro futuro. Es como una corazonada reveladora; como algo turbador y delicioso de tan increíble. Toda una vida por delante para nosotros, Julia. Nunca me han parecido las noches tan nuevas, tan con otros fines diferentes a como nosotros las conocíamos. Es hermoso vivir y aún es tiempo. Si no hubiese comprendido esto, nunca me hubiese escapado. Pero ha sido el deseo de poder vivir la vida, nuestra vida, nuestra auténtica realidad; no la otra. Esta: la que teníamos dormida adentro. (Cambiando de tono.) No puedo seguir. Están esperando para cerrar. Prepara lo que te he dicho. Después hablaremos. Serán dos o tres días difíciles a lo sumo. Y, después, la vida entera, como una promesa; como un regalo que alguien nos envía. (Pausa)... No llores Julia. El mundo es bueno. El mundo y los hombres. Todo es bueno en el fondo. Lo que hace falta es fe, una fe en el futuro. En todo y hacia todo. Una esperanza por todo y hacia todo. En los hombres también. Si, Julia. Comenzaremos a vivir. Seremos seres sencillos y felices... (Pausa.) No llores; te lo suplico. La felicidad será muy pronto para nosotros dos. Tal vez mañana mismo, o el jueves, o el viernes: cualquier día de esta semana. Adiós. (Cuelga el teléfono. Y se queda pensativo. Después sale.)

—(Cerrando con llave la cabina.) Ya pensé que no iba a terminar usted nunca.

HOMBRE —(Sin contestar le da un billete de cinco duros.) Tome, para usted.

VENDEDOR —(Sonriendo, lo coge. Tiene un bulto de periódicos debajo del brazo.) Gracias, señor. (Guarda el billete.) Que tenga buena noche. (Se va.)

HOMBRE —Adiós. (Le ve alejarse. Después desde el centro de la escena mira hacia la ventana encendida y consulta su reloj. Mira a derecha e izquierda y echa a andar hacia el fondo.)

Por la esquina de la derecha aparece Carlos, quien se queda de espaldas al público mirando hacia la ventana unos segundos. Después se vuelve lentamente. Está sonriendo. Enciende un pitillo, da una fuerte calada y envía el humo hacia arriba. En la ventana iluminada, se recorta la silueta de una mujer. De súbito la escena se queda a oscuras. Solo se ve la silueta en la ventana iluminada y la punta del cigarrillo de Carlos. A continuación se oye una voz que lo llena todo.

VOZ —La felicidad será nuestra. Será muy pronto para nosotros. Tal vez el miércoles estemos fuera de todo peligro y comencemos a vivir una nueva vida; una auténtica realidad. Porque el mundo es bueno, Julia. El mundo y los hombres. Todo es bueno en el fondo. Lo que hace falta es fe; una fe en el futuro; una esperanza en todo y hacia todo. Sí, Julia. Comenzaremos a vivir. Seremos seres sencillos y felices. Comenzaremos muy pronto a serlo. Tal vez mañana mismo, o el jueves, o el viernes: cualquier día de esta semana.

La ventana se apaga. Solo queda la brasa del pitillo.

TELON

MANUEL ARCE

\*\*\*\*\*

Lea Ud.

## "ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.  
De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.